

KASS MORGAN  
DANIELLE PAIGE

# RAVENS

CROSS  
BOOKS

Título original: *The Ravens*

Danielle Paige  
Kass Morgan

Traducción: Ariadna Molinari Tato

© 2020, Alloy Entertainment, LLC

Producido por Alloy Entertainment, LLC



Publicado por acuerdo con Rights People, London

Diseño de portada: Jessica Handelman

Ilustración de portada: © Shyama Golden

Fotografías de las autoras: Michael Bisberg y Laura Hanfin

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: julio de 2021

ISBN: 978-607-07-7811-7

Primera edición impresa en México: julio de 2021

ISBN: 978-607-07-7831-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*



—Vivian —Daphne Devereaux estaba de pie en el umbral de la puerta del cuarto de su hija, con el rostro retorcido por la angustia exagerada. A pesar del implacable calor de Reno, traía puesta una bata negra que llegaba al suelo, adornada con borlas doradas, y una pañoleta de terciopelo que le tapaba la rebelde cabellera oscura—. No puedes ir. Tuve una premonición.

Vivi miró con desdén a su madre, contuvo un suspiro y siguió empacando. Esa misma tarde se iría a la Universidad Westerly, en Savannah, y estaba intentando empacar su vida entera en dos maletas y una mochila. Por fortuna, llevaba toda una vida practicando. Cada vez que Daphne Devereaux tenía una «premonición», se mudaban a la mañana siguiente, y al carajo el pago de la renta y la mayoría de sus pertenencias. «Es sano empezar de cero, Chicharito», le dijo Daphne alguna vez. En ese entonces, Vivi tenía ocho años y le suplicaba que regresaran por su hipopótamo de peluche, Philip. «No querrás traer contigo esas malas energías».

—Déjame adivinar —dijo Vivi mientras embutía unos libros en su mochila. Daphne también se mudaría, dejaría Reno por Louisville, y Vivi dudaba que su madre tuviera el cuidado de empacar su biblioteca—: viste una fuerza oscura y poderosa que viene hacia mí.

—No estarás segura en ese... *lugar*.

Vivi cerró los ojos e inhaló profundo, con la esperanza de que eso la tranquilizara. Desde hacía meses su madre era incapaz de enunciar la palabra *universidad*.

—Se llama Westerly. No es una grosería.

Era todo lo contrario. Westerly era la salvación de Vivi. Le sorprendió recibir una beca completa para estudiar ahí, ya que la consideraba muy por encima de sus posibilidades. Vivi siempre había sido buena estudiante, pero había estado en tres bachilleratos —en dos de ellos había entrado a mitad del año escolar—, por lo que su historial académico mostraba tantas «I» de incompleto como «A» de aprobado.

Daphne, sin embargo, se opuso con firmeza desde el principio. «Vas a odiar Westerly», le dijo en su momento con una convicción inesperada. «Yo jamás pondría un pie ahí».

Eso fue lo que finalmente convenció a Vivi. Si su madre detestaba tanto ese lugar, debía ser perfecto para que empezara una nueva vida.

Mientras Daphne la veía desde la puerta con rostro afligido, Vivi miró el calendario de Westerly que había clavado a la pared amarillenta; era la única decoración que se había animado a poner en esta ocasión. De todos los lugares en los que habían vivido durante esos años, este departamento era el que menos le gustaba: dos habitaciones con paredes

recubiertas de estuco y estaba arriba de un local de empeños, en Reno, donde todo apestaba a cigarrillo y desesperación, como casi cualquier otro lugar en el polvoso estado de Nevada. Las fotos brillantes del calendario, como odas a los edificios cubiertos de hiedra y los cedros musgosos, se habían convertido en su haz de esperanza. Le recordaban que había algo mejor, un futuro que podría construir lejos de su madre y sus presagios malignos.

Pero entonces vio que su madre tenía lágrimas en los ojos y su frustración cedió un poquito. Si bien Daphne era una actriz consumada —lo cual era indispensable si tu subsistencia dependía de sacarles dinero a desconocidos—, jamás había sido capaz de fingir el llanto.

Vivi dejó de empacar y cruzó la habitación apretujada hasta llegar a su madre.

—Estaré bien, mamá —dijo Vivi—. Y el tiempo pasará volando. Para cuando te des cuenta, ya será Día de Acción de Gracias.

Su madre inhaló profundo y le tendió el brazo pálido. Vivi tenía el mismo color de piel que su madre, lo que significaba que se quemaba tras quince minutos de estar bajo el sol desértico.

—Mira la carta que te saqué.

Era una carta del tarot. Daphne se ganaba la vida «leyendo la fortuna» de personas desesperadas e infelices que la buscaban y pagaban cantidades sustanciales a cambio de que les dijeran lo que querían oír: «Sí, tu marido bueno para nada encontrará trabajo pronto; no, tu padre ausente no te odia... de hecho, también está intentando localizarte...».

Cuando Vivi era niña, le encantaba ver cómo su hermosa madre deslumbraba a la clientela con su elegancia y

sabiduría. Sin embargo, conforme fue creciendo, empezó a sentirse incómoda cuando se dio cuenta de que su madre se aprovechaba del dolor ajeno. No soportaba ver que engañara a la gente, pero no podía hacer nada al respecto. Las lecturas de Daphne eran su principal fuente de ingresos y la única forma de pagar la renta de esos basureros que tenían por hogar, y comprar comestibles de la sección de ofertas.

Pero ya no. Vivi había encontrado una escapatoria. Podía empezar desde cero, lejos de la conducta impulsiva de su madre. Como esos arranques que las habían desarraigado por completo una y otra vez con base en las injustificadas «premoniciones» de Daphne.

—Déjame adivinar —dijo Vivi y alzó una ceja al ver la carta de tarot que sostenía su madre—, ¿la Muerte?

La expresión de Daphne se tornó taciturna y su voz, que solía ser melódica, ahora era tajante y fría.

—Vivi, ya sé que no crees en el tarot, pero por una vez en tu vida hazme caso.

Vivi tomó la carta y la volteó. Tal y como esperaba, un esqueleto que sostenía una guadaña la miró desde el rectángulo de cartón. Sus ojos eran cuencas vacías y la curva de su boca parecía una sonrisa burlona. Las manos y los pies descarnados se alzaban sobre el terreno limoso, mientras el sol se ocultaba a lo lejos, envuelto por un cielo rojo como la sangre. Vivi sintió un extraño estremecimiento causado por el vértigo, como si estuviera en la orilla de un profundo precipicio, mirando la inmensidad vacua, en vez de estar parada en su habitación, donde el único paisaje era el letrero amarillo neón que anunciaba COMPRAMOS ORO al otro lado de la calle.

—Te lo dije, Westerly no es un lugar seguro, sobre todo para gente como tú —susurró su madre—. Tienes la capacidad de ver más allá del velo y eso te hace vulnerable a las fuerzas de la oscuridad.

—¿Más allá del velo? —repitió Vivi con voz cansada—. Pensé que ya no hablarías de esas locuras. —Durante toda su infancia, Daphne había intentado convencerla de que se interesara en el tarot, las sesiones espiritistas y los cristales, bajo el argumento de que Vivi tenía «poderes especiales» que solo hacía falta liberar. Incluso le había enseñado a hacer lecturas sencillas para sus clientes, a quienes les maravillaba ver a una niña entrando en comunión con los espíritus. Sin embargo, con el tiempo, Vivi se dio cuenta de que no tenía poder alguno y de que tan solo era un peón más en el tablero de juego de su madre.

—Ya sabes que no controlo qué carta sale. Sería una tontería que ignoraras una advertencia así.

Afuera se escuchó la bocina de un auto, seguido de insultos y gritos. Vivi suspiró y meneó la cabeza.

—Pero también me enseñaste que la Muerte es símbolo de transformación. —Vivi intentó devolverle la carta a su madre, pero Daphne se mantuvo firme, con los brazos en los costados—. Obviamente se refiere a eso. La universidad es un nuevo comienzo.

Se acabarían las repentinas mudanzas de medianoche a ciudades desconocidas; Vivi dejaría de desarraigarse cada vez que estuviera a punto de hacer amistades de verdad. Durante los próximos cuatro años podría reinventarse y convertirse en una universitaria común y corriente. Haría amigos, tendría vida social y quizá incluso se inscribiría a actividades extracurriculares... o al menos averiguaría qué

tipo de cosas le gustaban. Se habían mudado tantas veces que no había tenido tiempo de descubrir para qué era buena. Tuvo que dejar las clases de flauta a los tres meses y abandonar el equipo de softbol a media temporada, además de que había dejado truncos tantos cursos de francés que lo único que había aprendido a decir bien era *Bonjour, je m'appelle Vivian. Je suis nouvelle.*

Daphne meneó la cabeza.

—Durante la lectura, el Diez de Espadas y la Torre acompañaron a la Muerte. Traición y violencia repentina, Vivian. Tengo la horrible sensación de que...

Vivi se dio por vencida, metió la carta a la maleta y luego se estiró para tomar a Daphne de las manos.

—Es un cambio muy grande para las dos. Y entiendo que estés intranquila. Pero basta con que me digas que me vas a extrañar, como lo haría cualquier otra mamá, en lugar de convertirlo en una señal del mundo de los espíritus.

Daphne le estrujó las manos con fuerza.

—Sé que no puedo decidir por ti...

—Entonces, por favor, ya no lo intentes. —Vivi entrelazó sus dedos con los de su mamá, como acostumbraba hacer cuando era niña—. No quiero que pasemos nuestro último día juntas peleando.

Daphne bajó los hombros, como si por fin entendiera que iba a perder la batalla.

—Prométeme que tendrás mucho cuidado. Recuerda que no todo es lo que aparenta. Hasta las cosas que parecen buenas pueden ser peligrosas.

—¿Estás insinuando que en el fondo soy maligna?

Su madre la miró con tristeza.

—Solo sé astuta, Viv.



—Eso siempre. —Esbozó una sonrisa tan soberbia que Daphne puso cara de fastidio.

—¿De dónde saliste tan egocéntrica? —preguntó, pero igual se acercó a abrazarla.

—Es tu culpa por decirme tantas veces «eres mágica y puedes hacer cualquier cosa» —contestó Vivi una vez que soltó a Daphne para terminar de cerrar la maleta—. Te prometo que tendré cuidado.

Y eso haría. Sabía que en la universidad podían pasarle cosas malas, porque en todos lados podían pasar cosas malas. Pero Daphne se engañaba si creía que una tonta lectura del tarot indicaba algo. La magia no existía.

O al menos eso creía Vivi.



# Scarlett

«Una no escoge a sus hermanas. La magia te las designa», le dijo Minnie, su nana, a Scarlett Winter años antes de que entrara a la sororidad Kappa Rho Nu. Recordó esas palabras mientras el auto de su madre se acercaba al portón de hierro del campus de Westerly y navegaba entre ríos de chicas. Algunas, las más jóvenes, se aferraban a sus maletas, con mirada nerviosa. Otras observaban el campus con ansias, como si estuvieran listas para conquistarlo. En medio de ese océano femenino debía estar la nueva generación de reclutas de Kappa o, como se llamaban a sí mismas, Ravens, que, si todo salía según lo planeado, y la magia lo permitía, considerarían a Scarlett su lideresa en cuestión de un año.

Tan pronto atravesaron el portón, ella se sintió más libre y fuerte. Era como si escapara de la sombra de su familia y saliera a la luz. No era muy lógico, en realidad, pues Marjorie, su madre, y Eugenie, su hermana mayor, eran presencias constantes en la casa de las Kappa. Aparecían fotografiadas en todas las tomas grupales que colgaban de

las paredes. Las hermanas mayores de la sororidad las mencionaban con frecuencia. Habían dejado su marca antes que ella. Pero, a pesar de las expectativas que llevaba a cuestas, Scarlett estaba decidida a demostrarles a todas que la mejor Winter estaba por llegar. Llegaría a ser presidenta, igual que su madre y su hermana, pero sería mejor que ellas, resplandecería con más brillo y sería más fuerte e inolvidable. Era la ventaja de sucederlas: tenía en sus manos la posibilidad de superarlas. O eso se decía a sí misma.

—Sigo creyendo que debiste ponerte el vestido rojo —dijo Marjorie y frunció el ceño mientras veía a su hija por el retrovisor—. Es más presidencial. Hay que proyectar una imagen de poder, buen gusto, capacidad de liderazgo...

La joven se vio reflejada sobre el hombro de su madre en el mismo espejo. Scarlett, Eugenie y Marjorie tenían distintas tonalidades de piel oscura. Cada una era deslumbrante a su manera, pero mientras que Eugenie era la viva imagen de su madre, Scarlett tenía una apariencia única y se distinguía por la nariz afilada y los ojos grandes. Cuando era niña, Scarlett envidiaba mucho a su madre y a Eugenie por parecerse tanto, al grado de tener la misma nariz perfecta.

Scarlett se alisó el vestido verde de corte A.

—Ay, mamá, dudo que Dahlia elija a la siguiente presidenta de Kappa con base en el vestido que se puso el primer día de clases. Y vestirte de rojo cuando te llamas Scarlett es un poco burdo.

Marjorie torció la boca.

—Scarlett, *todo* entra en juego.

—Mamá tiene razón y lo sabes —intervino Eugenie desde el asiento del copiloto.

—Hazle caso a tu hermana. Ella fue presidenta dos años seguidos —agregó Marjorie con orgullo—. Y ahora te toca continuar con la tradición familiar.

Eugenie sonrió con gesto burlón.

—Bueno, a menos que prefieras solo ser espectadora.

—Claro que no. Soy una Winter, ¿no? —Scarlett se enderezó y fulminó a su hermana con la mirada. No entendía por qué Eugenie había insistido en ir a despedirla a Westerly si todo el tiempo se quejaba de lo ocupada que estaba como asistente jurídica en el despacho de su madre. Por otro lado, Eugenie aprovechaba cualquier oportunidad para demostrarle a Scarlett quién mandaba, incluyendo apoderarse del asiento del copiloto el mero día en que su hermana menor volvía a la escuela para relegarla al asiento trasero del auto.

Su madre asintió con firmeza.

—Y nunca lo olvides, muñeca.

Marjorie se asomó por encima del hombro para ver a su hija, quien alcanzó a percibir la esencia de jazmín del perfume de su madre. Se acordó de aquellas noches en las que se quedaba hasta tarde en el despacho y al llegar a casa entraba de puntitas a su cuarto para darle un beso en la frente. Scarlett siempre fingía estar dormida porque su madre hacía un gran esfuerzo por no despertarla. Pero a ella no le importaba. Le recordaba lo mucho que su madre la quería, algo que no siempre sentía durante el día.

Y lo que a su madre más le importaba era que sus dos hijas siguieran sus pasos y llegaran a ser presidentas de Kappa. Durante su infancia, Scarlett escuchó con demasiada frecuencia la misma perorata: «La presidenta de Kappa no es una sola cosa, Scarlett. Debe serlo todo. Lista, gla-

morosa, amable. Es el tipo de mujer que inspira envidia y respeto en igual medida. Es el tipo de mujer que pone a sus hermanas por encima de cualquier otra cosa y que tiene la capacidad de cambiar el mundo».

Desde que tenía uso de razón, Scarlett sabía que era bruja y que su destino era encabezar Kappa. Lo mínimo indispensable era formar parte de sus filas, pero el objetivo máximo era volverse presidenta por mérito propio. Por esa razón, Minnie, quien fue la nana de su madre antes de ser la suya, pasó buena parte de su tercera edad enseñándole a Scarlett los principios de su magia personal, tal y como lo había hecho con Marjorie y con Eugenie.

Cada bruja nacía con su propia magia: Copas, el signo de agua; Pantáculos, el signo de tierra; Espadas, el signo de aire; y Astiles, el signo de fuego. Cada signo iba aparejado con un palo de la baraja de tarot, lo cual le parecía fascinante a Scarlett. Los escépticos que afirmaban que el tarot era una herramienta de charlatanes y farsantes en realidad no tenían idea de lo mucho que se aproximaba a la verdad.

Scarlett era Copa, lo que significaba que sobresalía al trabajar con elementos de agua. Minnie le había enseñado que, si ostentaba el símbolo correcto y enunciaba las palabras apropiadas, podía invocar una magia que convertiría al mundo en un lugar más luminoso y vasto.

Minnie no había sido Raven, sino que su familia se adentró en la magia por sus propios medios, con ayuda de secretos y encantamientos heredados de generación en generación. Pero conocía a los Winter de toda la vida y entendía la presión que la familia de Scarlett ejercía sobre la joven. Minnie creyó en ella desde siempre y la reconfortaba cuando su madre se decepcionaba de ella o su hermana

la maltrataba. Minnie fue quien le dijo que podría ser la bruja más poderosa del mundo si confiaba en sí misma y en la magia.

En primavera, cuando Minnie falleció por causas naturales, Scarlett lloró tanto en el velorio que empezó a llover. Seguía sintiendo un hueco en el corazón al recordar a su nana, pero sabía que Minnie habría querido que ella fuera feliz, por lo que estaba más decidida que nunca a demostrarle a su familia —y a todas las Ravens— que era lo suficientemente poderosa para que la nombraran la nueva presidenta de la sororidad.

Fracasar era impensable.

Marjorie se estacionó frente a la casa de las Kappa. Scarlett sintió que el corazón le daba un vuelco. La casa de color gris, como las palomas, era hermosa, de estilo neorrenacentista, con todo y balcones de hierro forjado en todos los pisos y una plataforma con barandilla en el tejado en donde las hermanas a veces realizaban rituales y encantamientos. Las demás hermanas estaban llegando también a la casa, llevaban consigo maletas, lámparas y se abrazaban las unas a las otras después de haber pasado un largo verano lejos. Scarlett vio a Hazel Kim, una estudiante de segundo año que se había convertido en la estrella del equipo de atletismo; también estaba Juliet Simms, una alumna de último año que sobresalía en química, por lo que era extraordinariamente buena para hacer pociones; y Mei Okada, otra alumna de tercer año, como ella, que era capaz de cambiar de apariencia con la misma facilidad con la que cambiaba de atuendo.

Marjorie apagó el motor y con la vista recorrió el área como un oficial de mando que inspecciona el campo de batalla.

—¿Dónde está Mason? Quiero que me cuente todo sobre sus viajes.

—Llega hasta mañana —dijo Scarlett, intentando disimular su entusiasmo.

Hacía casi dos meses que no veía a Mason. Nunca habían pasado tanto tiempo separados desde que habían empezado a salir, hacía dos años. Después de que asistió a la boda de un amigo de su familia en Italia, Mason, por capricho, tomó la decisión de irse de mochilero por Europa. Eso significó ya no ser becario en el despacho de abogados de su papá ni participar en todos los planes que Scarlett había hecho para ambos. Mientras ella trabajaba en el despacho de su madre, revisando expedientes y planeando el calendario social de las Ravens con sus hermanas de Kappa, esperaba sus fotos y mensajes, breves y esporádicos, acerca de su viaje: «Nadé en el Lago Como. Ojalá estuvieras aquí. Tienes que ver el mar de Capri. Te traeré después de la graduación». Mason no acostumbraba zafarse de sus deberes familiares ni dejarla plantada todo un verano. Por regla general, Scarlett no esperaba por nada ni por nadie, pero él valía la pena.

—Pues tráelo a la casa tan pronto puedas —insistió Marjorie con la ínfima dulzura de la que era capaz. Eugenie se removió en su asiento y empezó a revisar con desesperación sus correos del trabajo.

Scarlett hizo un esfuerzo por contener una sonrisa complaciente. Estar con Mason era lo único en lo que superaba a Eugenie. Mason era un *complemento*, como llamaban las Ravens a alguien que era digno de ellas. Y el estándar para calificar como complemento era bastante alto. Solo los mejores lo lograban y Mason era mejor que cualquiera. No solo tenía los antecedentes adecuados —era hijo del

segundo abogado más eminente de Georgia (Marjorie era la primera, por supuesto) y era presidente de la fraternidad gemela—, sino que tenía futuro. Era primer lugar de su generación, además de ser atlético, muy sensual ¡y de Scarlett y nadie más! Por si fuera poco, Marjorie lo adoraba.

—Gracias por traerme, mamá —dijo Scarlett con la mano en la manija de la puerta.

—Ah, toma —dijo su madre como si de pronto se hubiera acordado de entregarle algo. Le pasó una cajita envuelta para regalo por encima del asiento.

En cuanto tomó la caja sintió alegría. No recordaba que su madre le hubiera regalado algo a Eugenie en su primer día de clases del tercer año de universidad. Contuvo las ansias de romper el envoltorio y lo abrió con delicadeza.

Era una baraja de tarot bellamente ilustrada. Una mujer con sonrisa de complicidad y vestido hecho de plumas que prácticamente le guiñaba un ojo en el dorso de cada carta.

—¿Eran tuyas? —le preguntó, pues sospechaba que eran las cartas que su madre y Eugenie habían usado cuando las eligieron presidentas. De ser así, era un honor que la incluyeran en esa tradición familiar.

—No, son nuevas. Se las pedí a una Copa poderosa que tiene una posición importante en el Senado. Ella las pintó —contestó con orgullo.

La desilusión le oprimió el pecho. Por mucho que Scarlett adorara a la realeza política, ¿cómo podía su madre regalarle esas cartas?

—Están muy lindas, mamá, pero ya tengo las cartas de Minnie. —No podía creer que su madre la conociera tan poco. Jamás se atrevería a reemplazar la baraja de su nana, ni siquiera por una baraja brillante y nueva.



—Año nuevo, vida nueva —contestó su madre—. Sé lo importante que era Minnie para ti. También lo era para mí. Pero también sé que sigues afligida por su muerte y ella no querría que anduvieras cargando con esa tristeza. Ella habría querido que empezaras el año siendo presidenta de las Ravens.

«Eso es lo que querrías tú». Scarlett guardó las cartas, se asomó entre los asientos delanteros y le dio un beso en la mejilla a Marjorie.

—Está bien, mamá. Gracias —murmuró, aunque no tenía la menor intención de usar esa baraja.

Después del obligado beso a Eugenie y de despedirse otra vez de su madre, Scarlett abrió la cajuela y sacó las dos maletas previamente encantadas para ser tan ligeras como el aire. Agitó la mano en señal de despedida y miró el auto hasta que se perdió al final de la calle. Luego, cuando retrocedió hacia la banqueta, chocó contra un cuerpo musculoso y fuerte.

—¡Oye! ¡Cuidado! —resopló.

—¡Pero si tú chocaste conmigo! —contestó una voz indignada a sus espaldas. Al voltear, se encontró frente a Jackson Carter, con quien había tomado clases de filosofía el año anterior. Venía jadeando y traía ropa deportiva y audífonos. Tenía gotas de sudor en la piel oscura y la camiseta empapada adherida al torso musculoso. Torció los labios con expresión molesta—. No sé por qué me sorprende. Las Kappa se sienten amas y señoras del lugar.

—¡Y lo somos! —exclamó Scarlett sin titubear. Era la primera vez que hablaban de algo que no fueran filósofos muertos y le parecía que era de pésima educación que él iniciara la conversación con un insulto—. Estás parado frente a nuestra casa.

Jackson no era de Savannah ni de las cercanías. Se le notaba por la falta de modales y de cortesía básica... por no hablar de su falta de acento sureño. Sus consonantes eran planas y tercas, a diferencia de las de Scarlett, quien las alargaba con fines dramáticos. Además, un caballero le habría ofrecido llevarle las maletas. Por otro lado, un caballero no le habría reclamado por pararse en la banqueta de su propia casa.

Jackson se le acercó un poco más.

—¿Las Kappa pierden el alma por partes o lo hacen de un tirón, como si se arrancaran un curita?

Scarlett se erizó como un ave furiosa. Sabía lo que Jackson pensaba de ella y entendía por qué. Había millones de películas que mostraban a las sororidades como grupos de brujas desalmadas y superfluas, pero no del tipo mágico. Por desgracia, había incontables videos e historias genuinas que respaldaban esas asociaciones. Scarlett se estremeció al recordar un video de YouTube que se había viralizado hacía poco sobre una chica de una sororidad que escribió a sus hermanas una carta pública en la que detallaba cada una de las cosas que detestaba de ellas. Pero Scarlett estaba convencida de que, por cada historia de horror, había docenas de anécdotas que justificaban la existencia de las sororidades y demostraban la hermandad que existía entre sus cofrades. Además, Kappa ofrecía más que hermandad; la casa ofrecía protección, un lugar seguro donde el aquelarre podía aprender y practicar su magia. Claro que eso no podía explicárselo a Jackson.

—De un tirón —contestó—. Me sorprende que no lo notaras desde tu pedestal de superioridad moral cuando nos miras a las pobres hermanitas inmorales.

—Al menos estamos de acuerdo en una cosa. —Jackson se cruzó de brazos y la fulminó con la mirada.

—Si tan mal te caemos —dijo Scarlett, conteniendo la furia—, tal vez deberías elegir tu ruta con más cuidado.

—¿Me estás amenazando? —Jackson arqueó una ceja, como si la mirara bajo una luz nueva—. Porque por lo que he oído...

De pronto su mirada se dispersó y luego se enfocó en algo que estaba ligeramente por encima de ella. Era como si Scarlett se hubiera esfumado de su mundo. De golpe, Jackson volteó hacia un lado y, sin decir una palabra más, siguió su camino.

Scarlett volteó hacia la casa. Por el sendero de entrada venían Dahlia Everly, la presidenta actual de Kappa, y Tiffany Becket, la mejor amiga de Scarlett. Venían tomadas del brazo y la coleta rubia de Dahlia se mecía al compás de la coleta platinada de Tiffany. Dahlia le guiñó un ojo para hacerle saber que había sido ella la que embrujó al muchacho.

—Gracias. —Scarlett asentó las maletas en el suelo y miró una última vez la silueta distante de Jackson. No tenía idea de por qué despreciaba tanto a las Kappa. Seguramente una de las hermanas lo había rechazado en el baile de primavera. Algunos hombres eran demasiado frágiles y mezquinos.

—¿Cuál era el problema? Tenías cara de estar a punto de conjurar un nivel tres —dijo Dahlia.

—Para nada. Un chico así no amerita el esfuerzo.

—¿Y por qué estabas hablando con él? —Dahlia frunció la nariz. Ella era la presidenta de sororidad por antonomasia; si alguien no formaba parte del sistema griego de fraternidades, no ameritaba un segundo de su tiempo.

—No estábamos hablando. Literalmente él chocó conmigo —contestó. Tiffany se rio y le tendió los brazos. Scarlett abrazó a su mejor amiga con fuerza, pero no tanta como para arrugarle la blusa de seda que traía puesta—. Te extrañé.

—Yo a ti. —Tiffany se alejó un poco para darle un beso en la mejilla. Su labial carmesí no le dejó marca en la piel. El maquillaje de las Ravens siempre era perfecto.

—¿Cómo está tu mamá? —le preguntó Scarlett.

La expresión de Tiffany se ensombreció. Dahlia desvió la mirada.

—Estamos probando un nuevo tratamiento. Pronto sabremos más.

Scarlett volvió a abrazar a Tiffany. Su amiga había pasado el verano en Charleston con su mamá, quien estaba luchando contra el cáncer. El año anterior, Tiffany le había pedido a Dahlia que entre todas hicieran un hechizo sanador para su mamá; aunque las Ravens eran brujas con poder propio, al unirse como aquelarre su fuerza se multiplicaba de forma casi exponencial. En su papel de presidenta, Dahlia era quien decidía qué hechizos implementaban grupalmente, cosa que disfrutaba con absoluto descaro. Como buena joven de alcurnia houstoniana, a Dahlia le encantaba tener el control y ser el modelo a seguir de las otras hermanas. Y gracias a su confianza en sí misma era una excelente presidenta, aunque a veces Scarlett sentía que Dahlia ponía su autoridad o su legado por encima de las necesidades de las demás. Según Dahlia, la historia de Kappa estaba plagada de rituales de sanación fallidos de esa magnitud, por lo que se negó a intentarlo. «Hay cosas que están fuera de nuestras manos», le dijo en ese entonces a Tiffany.

Tiffany seguía sin perdonarle el rechazo, pues sospechaba que a Dahlia le preocupaba más lo que pudieran pensar de ella por intentar un hechizo así o los riesgos que implicarían para ella misma que la salud de la mamá de Tiffany mejorara. Scarlett, quien percibió entonces el miedo en los ojos azules de su amiga antes temeraria, tampoco se sintió satisfecha con la decisión de Dahlia y había decidido consultar a Minnie. Lo que en ese momento Scarlett no sabía era que su nana también estaba al borde de la muerte. «Si hubiera una cura para la muerte, no seríamos brujas... seríamos inmortales. Si hechizas a la muerte, la muerte te cobra factura», le advirtió Minnie con una sonrisa triste.

Tiffany soltó a Scarlett con una enorme sonrisa que se notaba fingida. Luego parpadeó velozmente para contener las lágrimas, que Scarlett supuso permanecían latentes, a pesar de que Tiffany fuera Espada y no Copa.

—¿Cómo van las preparaciones para la bienvenida?  
—preguntó Scarlett con la mirada puesta en la casa y en un intento para distraer a su amiga de la carga emocional.

—Hazel y Jess siguen decorando la casa —contestó Tiffany. Era obvio que agradecía dejar de ser el centro de atención.

Scarlett asintió. La tradición dictaba que las hermanas de segundo año decoraran la casa para el proceso de reclutamiento. Este año el tema era «bar clandestino de los años veinte» y Scarlett estaba muy interesada en saber qué se les había ocurrido a sus hermanas.

—¿Trajiste las bengalas? —le preguntó Dahlia.

—Aquí están —contestó Scarlett con una palmadita a una de sus maletas—. Anoche las embrujé.

Minnie siempre decía que la magia era quien realmente decidía. Y, en términos generales, tenía razón. Todas las chicas crecían con algo de magia en ellas, lo supieran o no. Lo que en realidad importaba era la fuerza de dicha magia. Mientras que en algunas era un susurro apenas notorio, otras podían conjurar tornados. Las bengalas que las Kappa repartían en su fiesta de reclutamiento servían para revelar quién tenía el mínimo poder indispensable para ser una Raven. Pero no era tan solo una cuestión de capacidad. Ellas también debían ser ejemplares. Era una cuestión de personalidad, linaje, inteligencia y sofisticación. Y, sobre todo, se trataba de ser una buena hermana.

—Ya quiero conocer a las candidatas —dijo Tiffany mientras aplaudía con una gran sonrisa.

—Aunque solo se quedarán las mejores, como de costumbre —dijo Scarlett. Encontrar brujas poderosas entre las novatas de Westerly era como buscar diamantes en un mar de circones. Y Scarlett no quería lidiar con una generación de brujitas rebeldes en su primer periodo como presidenta.

—Por supuesto —agregó Dahlia, frunciendo las cejas, lo cual distorsionó sus facciones—. Hay que proteger Kappa a toda costa. Lo último que querríamos es que se repitiera el episodio Harper.

Scarlett sintió que se le retorció el estómago y evitó mirar a Tiffany. *El episodio Harper*. Scarlett y Tiffany compartían un pasado oscuro del que nunca hablaban. Y Scarlett ni siquiera se permitía pensar en ello.

Era algo que podía arruinar todos sus esfuerzos por llegar a la cima.